

Víctor Guisado Muñoz

El jugador impasible
y otros gritos camuflados de relato



El jugador impasible y otros gritos camuflados de relato
Primera edición en Módulo bolsillo, abril de 2018
Colección Módulo bolsillo nº 3

© Víctor Guisado Muñoz, 2018

© De la presente edición: Ediciones El Transbordador
(una marca de El Inventor de Mundos, S.C. - CIF: J93324580)
www.edicioneseltransbordador.com
edicioneseltransbordador@gmail.com

Corrección, maquetación y diseño: Ediciones El Transbordador
Diseño de portada a partir de una fotografía de Joshua Sortino en
unsplash.com

Depósito legal: MA 343-2018
ISBN: 978-84-947701-7-3

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total y/o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin autorización
previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Impreso en España - Printed in Spain

El jugador impasible y otros gritos camuflados de relato

Fría y húmeda era la noche y los hombres no tenían nada con que encender el fuego. Se arremolinaban ateridos alrededor de un montón de troncos empapados. Tiritaban, hambrientos, se acurrucaban y sus dientes castañeteaban. Algunos tenían miedo, otros hambre; la mayoría ambas cosas a partes iguales. Un manto de niebla los cubría como un sudario bajo la luz de la Luna y alimañas del bosque los rondaban.

Los seres humanos no eran muy diferentes a la hojarasca que cubría el suelo y sobre la cual reposaban sus cuerpos. En cuanto se levantaran, si es que lo hacían, volverían a estar a merced del viento.

—¡Poeta! —gritó uno, y alargó una mano y agarró un tronco y lo alzó ante el grupo, con sus últimas fuerzas—. ¡Enciéndelo con tus palabras! —exigió—. ¡Inventa un verso que invoque al fuego!

El hombre estaba furioso y sostuvo el tronco en alto durante unos segundos. Luego se le acabó la fuerza y lo dejó caer de nuevo con rabia sobre el montón.

Al principio, nadie respondió.

Todos pensaban en el fuego y su calor.

Al final el poeta se alzó lentamente y, cuando estuvo totalmente erguido, dijo:

—No puedo encender un tronco con un único verso. Sabéis que eso es imposible. Pero sí sé invocar al fuego. Porque somos humanos y nuestros corazones son más inflamables que la madera. Y esta noche vais a arder.

Mil años después las primeras naves espaciales llevaban a sus descendientes a las estrellas.

¿Dónde están las naves espaciales?

He visto los grandes navíos siderales romper la órbita que los enlazaba con Mercurio y lanzarse decididos a las profundidades del océano cósmico. El encendido de sus motores alumbraba en el firmamento una estrella que rivalizaba en brillo con el mismísimo Sol por unos instantes. He visto puestas de sol en Marte y amaneceres desde las capas altas de las atmósferas de Júpiter y Saturno. Me he zambullido en los océanos ocultos de Europa y Encélado y he contemplado con expectación reverencial los charcos y lagunas de hidrocarburos de Titán, por si presenciaba en aquel mismo instante la aparición de las primeras moléculas autorreplicantes, tal y como debió suceder, seguramente, hace miles de millones de años aquí, en la Tierra. ¿Ocurrirá ahora?, pensaba, ¿o habrá que esperar a que el Sol se transforme en una gigante roja, engulla a los planetas interiores e ilumine con más fuerza a los gigantes gaseosos? He estado en todos los rincones del Sistema Solar que la holo-red me permitía visitar. He contemplado llanuras cuajadas de cráteres congelados en el tiempo hasta que mis ojos se quedaban resecos; he admirado, y temido, nubes tan grandes que podrían engullir un planeta entero como la Tierra. He estado en incontables ocasiones en la Luna

y he comprobado por mí mismo la ausencia de *sfumato* incluso en sus más lejanos horizontes. ¿Qué habría pensado Leonardo al ver lo que yo he visto? ¿Cómo habría retratado él paisajes inmersos en atmósferas tan densas como la de Titán u horizontes de mundos sin atmósfera como los de la Luna o Mercurio? Ahora estoy plantado ante la lección que tengo que recitar mañana y estoy aburrido. Tengo que saber en qué año nació Leonardo y dónde, y cuántos pelos tenía su barba. ¿Tendría barba Leonardo? ¿Qué hay de los paisajes sin atmósfera? ¿Qué hay de Titán? Me conecto a la holo-red y pienso en Louvre, museo, París. Prácticamente al instante estoy en el museo del Louvre, en París. Sostengo la mirada de la Gioconda. Oh. El *sfumato*. ¿Pintó algún paisaje extraterrestre Leonardo? ¿Habló con Galileo, con Newton? No, no creo: veo en la holo-red que estos dos vivieron luego. Pero... ¿qué habría pasado si hubieran sido coetáneos y vecinos y hubieran hablado entre ellos? ¿Le habría preguntado Leonardo a Galileo si había atmósfera en la Luna? ¿Le habría pedido Galileo a Leonardo que pintara un paisaje de otro mundo, que diseñara una nave espacial? ¿Qué es eso?, le habría preguntado el artista al científico. Es un navío, habría contestado el científico, para viajar lejos, más lejos que nunca, un navío capaz de navegar en el vacío, de saltar de planeta en planeta, un navío para explorar el océano más grande de todos, el océano en el que navegamos todos. ¿Está vacío el vacío? ¿No está lleno de luz? ¿De energía? ¿De eso que el profe de Ciencias Naturales llama «radiación electromagnética»? Y si no hubiera nada, nada de nada, ni luz, ni microondas, ni nada, ¿no debería estar cargado con la posibilidad de que hubiera algo? ¿No debería estar «preñado de potencia creativa», como dice el profe de Literatura? ¿Se puede medir la «potencia creativa»? El profe de Física afirma que sí, creo, si he entendido algo de lo que dice, y el de Literatura que no, seguro, que es un imponderable más allá de la Física y de las Matemáticas, pero algo de razón debe de tener el de Física, porque la Física ha

conseguido llevarnos a las estrellas, y no sé yo si mi profe de Literatura y sus colegas entenderían a Galileo tan bien como lo hubiera entendido Leonardo. No sé. Los exámenes deberían de ser de preguntas, no de respuestas. Qué tontería, las respuestas. Seguro que Leonardo, Galileo y Newton tenían más preguntas que respuestas en sus cocorotas. Por cierto, parece ser que Leonardo sí tenía barba. Mañana se lo diré al profe, si me pregunta: Leonardo tenía barba, le diré, confirmado; una barba blanca y ondulada, y no pintaba paisajes lunares ni sabía lo que eran las naves espaciales, pero si alguien se lo hubiera explicado lo hubiera entendido enseguida porque tenía una mentalidad adelantada a su tiempo y diseñaba máquinas para que el hombre pudiera volar. Leonardo quería volar, profe, ¿comprende? Quería volar. Aquí en España había un inventor que intentó hacer lo mismo y sus vecinos, con el cura del pueblo a la cabeza, casi lo matan a pedradas, pero ahora no me acuerdo de su nombre¹. ¿Estoy suspendido, profe, por no acordarme de su nombre? Bueno, da igual: somos cuarenta en la clase, con un poco de suerte el profe no se acordará ni de mi nombre. A principio de curso instalaron altavoces en el aula y dieron un micrófono a los profes. Ahora se los oye mejor, pero siguen diciendo las mismas tonterías y haciendo las mismas preguntas aburridas que contestan ellos mismos con respuestas aún más aburridas. Los profes están llenos de respuestas. Tienen tantas respuestas dentro de su cráneo que no sé cómo no les explota la cabeza. A veces pienso que su misión en la vida es licuar nuestro cerebro y sacárnoslo por la nariz, tal y como hacían los egipcios para momificar a sus faraones, para conseguir sitio en nuestra caja craneal y poder comprimir en ella todas las respuestas que hay en los libros de clase; y tengo ganas de subirme encima de mi pupitre, dar un taconazo y gritar: ¡Dadnos preguntas, profes, que ya nos encargaremos nosotros de responderlas! ¡Preguntas! ¡No respuestas! Gritar bien alto. Bien

¹ Se trata de Diego Martín Aguilera (1757-1799), natural de Coruña del Conde (Burgos).

fuerte. Pero no creo que lo haga nunca. No creo que mis compañeros de clase me entendieran. Quizá el Cuatrojos sí, quizá algún otro, pero no la mayoría, la mayoría seguro que no. La mayoría se limitaría a mirarme con ojos de besugo, de corde-ro despistado, de rumiante indolente, mientras su cerebro li-cuado gotearía de sus narices igual que gotean los mocos de las narices de los niños alelados. Me quedaría más solo que nunca, y mi única salida honorable sería lanzarme por la ven-tana que tengo al lado de mi pupitre, cosa que sería muy aplaudida por mis compañeros, probablemente, antes de vol-ver a caer en su habitual letargo cavernario. Luego mis pa-dres pedirían explicaciones al director del colegio: ¿Qué hace nuestro hijo estampado contra el asfalto? Suicidio, cortocir-cuito neuronal, locura transitoria... No, no y no: sobredosis de respuestas, simplemente. ¿Algún médico se atrevería a diag-nosticar sobredosis de respuestas? Quizá pudiera encontrar algún médico que pudiera diagnosticarme sobredosis de res-puestas y me diera la baja como alumno por tiempo indefini-do. Me salvaría de ser una sandía roja estampada contra el asfalto gris. Los adultos importantes podrían seguir con sus planes de dominación mundial sin ninguna interferencia, sin tener que atender a padres que piden explicaciones sobre sandías e hijos estampados. Sospecho que aun estampándome contra el asfalto los adultos importantes seguirían con sus planes de dominación mundial. A principio de curso los adul-tos importantes dijeron que estaban firmemente comprometidos con la educación pública y que este curso sería el curso del salto hacia delante definitivo para la educación en este país. Y entonces instalaron altavoces en las clases. Al fondo del aula, sobre todo, para que los últimos sean los primeros, supongo, los primeros en enterarse de lo que dice el profe, o al menos para que no se queden retrasados. Dicen que el cur-so siguiente seremos cincuenta en el aula, y al otro, sesenta. Los adultos importantes dicen, cuando salen por la tele, que cuantos más alumnos por aula, mejor, que así se asegura la

socialización de los estudiantes, de los niños, de los jóvenes de la *Patria* —sí: lo dicen en mayúsculas, muy serios y muy firmes—. La verdad es que esto de la *Patria* —así, con mayús-cula— no lo he entendido muy bien nunca. Lo de la socializa-ción tampoco. ¿Se referirán al socialismo o a cuando el Puños nos roba el bocadillo al Cuatrojos y a mí a la hora del recreo? ¿O a cuando nos obliga a cruzar de punta a punta el patio mientras los mayores juegan a fútbol y las pelotas vuelan an-siosas por impactar contra nuestras cabezas? ¿Será eso la so-cialización? No sé. A mí, ser cuarenta en la clase me sirve para desaparecer. Y el curso próximo, cuando seamos cincuenta o sesenta... pues mejor para mí. La lista del profe será un charco de arenas movedizas en el que mi rostro, entre tantos nom-bres, se hundirá sin dejar rastro. Así estaré más tranquilo. Al final hoy me han pillado en la clase sin saberme la lección, pero no ha sido en la de Historia, ha sido en la de Religión. La profe me ha preguntado el nombre de los apóstoles y yo sólo me sabía dos o tres. Luego me ha pedido el mandala que tení-amos que pintar de colores como deberes y yo le he dado el di-bujo que hice por la tarde, después de visitar el Louvre. Esto no es un mandala, me ha dicho. Es cierto, no lo es, he admitido yo, y a continuación he aclarado: es una nave espacial, profe.

—¡No era dibujo libre —ha replicado ella, enfadada—, os pedí que colorearais un mandala!

Entonces yo me he encogido de hombros y le he expli-cado que un mandala es una representación geométrica del Universo y que en ella se resalta la simetría del Cosmos.

—Una nave espacial interestelar sería imposible sin comprender la simetría que rige el mundo subatómico, pro-fe —he finalizado mi explicación.

Pero creo que ella no ha entendido nada porque me ha dicho que se sentía muy decepcionada conmigo y que me sentara, que estaba suspendido. Luego, el profe de Música me ha gritado que parecía una gallina mojada. Los besugos han emergido de su letargo y se han reído. Ha ocurrido

cuando he tocado la flauta. Teníamos que aprendernos una canción, pero no la he interpretado demasiado bien. Y eso que ayer practiqué horas. Bueno... una hora, más o menos. Pero yo soy así: un poco torpe. Gallina mojada, según el profe. También he suspendido. Co co co Co co co Cooooo coro coooooo. Gracias a los altavoces se han enterado hasta en la última fila. El Puños ha cacareado cuando he pasado a su lado, al salir del cole. Creo que por hoy estoy bien socializado. Al llegar a casa, mamá quería que ordenara mi colección de naves espaciales. Bueno, me parece que en realidad ha dicho «Ordena tu cuarto», pero yo he empezado por mi colección de naves espaciales y luego no sé qué ha pasado que de repente ya era la hora de cenar y mi cuarto aún estaba por ordenar.

—La flota está lista para la revista, señora Almirante —le he dicho muy serio a mamá cuando ha venido a ver si había cumplido sus órdenes, pero ella se ha enfadado mucho y me ha castigado sin postre.

Me hubiera gustado gritar el nombre de cada una de las naves de la flota, para que el Almirante diera su aprobación antes de partir hacia nuevos horizontes, a cumplir nuevas y peligrosas misiones: Nautilus Maximus, indagador transestelar de primera, inductor Aleph de tercera generación y motores de curvatura propiopulsados para aproximaciones finales, Navegante Darwin, velero solar de clase Sigilosa, para cruceros por el Sistema Solar interior y misiones científicas en la cromosfera solar, con motores de antimateria y cúpulas de observación panorámicas, Inspiración Corsaria, merodeador planetario de primera, con batería de motores de antimateria de ignición continua y tripulación inmersa para soportar aceleraciones de nivel catastrófico, y así media docena de nombres más hasta llegar a la joya de la corona: la Cazadora de Horizontes, colonizadora de primera con capacidad para veinte mil almas humanas en estado de éxtasis suspendido, inductores Aleph de cuarta

generación y motores propiopulsados de campo escalar para aproximaciones finales y deslizamiento orbital, con su casco y el árbol de inducción Aleph protegidos por una reluciente capa de hielo cometario procedente de miles de cometas capturados en el cinturón de Kuiper y en la nube Oort. Todas ellas naves magníficas de las que se sentiría orgulloso hasta el almirante más insensible y abúlico. Pero no mi madre, a quien lo único que le interesa es que cene pronto para que me acueste temprano y cosas parecidas. Mi padre apenas habla, su interés principal en lo que a mí se refiere es que las notas del cole sean buenas. Creo que por mucho que me empeñe en otorgarles el título, nunca serán almirantes. ¿Y si les hablara de las reliquias de mi colección? De la primera nave con la que los humanos logramos pisar con nuestros propios pies las arenas de Marte, por ejemplo, antes de que se hubiera inventado siquiera el inductor Aleph. Una maqueta de esa nave forma parte de mi colección. Es una nave de la época en la que ellos eran niños. Pero algo me dice que ni así. Tendré que ordenar mi habitación y acabar los deberes antes de acostarme, sin postre. Creo que mis padres son más de la época de las carabelas de Colón. Hace poco repusieron aquella serie de Isabel la Católica y no se perdieron ni un episodio. Durante los primeros minutos del primer capítulo le pregunté a mi padre que cuándo salían las naves espaciales y su respuesta fue darme una colleja y ordenarme que no dijera tonterías.

Entonces me fui a mi cuarto, me conecté a la holo-red y conocí a Valentina, en Marte. El planeta rojo es una extensión natural de mi habitación. Es el rincón del Sistema Solar que más veces visito, aparte de la cabaña de la laguna, que es donde el Cuatrojos y yo corremos a refugiarnos cuando el Puños ha tenido un mal día y quiere mejorarlo a nuestra costa. Gracias a la holo-red, mis posibilidades de escape no se limitan a una cabaña cochambrosa a orillas de una laguna contaminada. De hecho, gracias a la holo-red, mis posibilidades

no se limitan a escapar: también puedo explorar, además de evadirme. Uno de los miles de millones de accesos a la holo-red que hay en el planeta Tierra está en mi habitación, y gracias a este acceso mi habitación está conectada con cualquier lugar del Sistema Solar donde haya cámaras, routers y antenas Aleph. Muchos rincones del Sistema Solar fueron incorporados a la holo-red por misiones robóticas y aún hoy en día permanecen sin ser hollados físicamente por el ser humano, aunque se puedan visitar virtualmente en tiempo real. Internet empezó a expandirse más allá de la Tierra con la primera misión tripulada a Marte, y desde entonces no ha dejado de crecer exponencialmente hasta convertirse en una red que abarca el Sistema Solar entero, el cinturón de Kuiper, la nube Oort y todos los sistemas estelares donde el ser humano tenga colonias. Hoy en día, gracias a la tecnología Aleph de Marcelo, hemos superado las limitaciones impuestas por la velocidad de la luz y las conexiones se pueden establecer instantáneamente. Viajar virtualmente, o simplemente comunicarme con nodos de la red situados más allá del cinturón de Kuiper en tiempo real está fuera de las posibilidades de mi tarifa plana de conexión, pero todo lo que quede en el interior de la órbita de Eris está al alcance de mi mano². A veces imagino una maraña de finos hilos luminosos que se entretajan unos con otros hasta formar una malla densa y rutilante donde cada nudo es un planeta, un planetóide, una luna o un

² Eris es un cuerpo celeste que orbita alrededor del Sol, pero mucho más lejos que la Tierra. De hecho, su órbita se sitúa más allá de la de Plutón durante la mayor parte del tiempo. Cuando se encuentra más cerca del Sol, la distancia que lo separa de él es treinta y ocho veces mayor que la distancia que separa a la Tierra del Sol; y cuando se encuentra más lejos, la distancia que lo separa de la estrella es nada más y nada menos que noventa y siete veces mayor. Tiene un diámetro de dos mil cuatrocientos kilómetros, muy semejante al de Plutón, pero su masa es aproximadamente una cuarta parte mayor. Hoy en día se le define como planeta enano y, por estar más allá de Plutón, plutoide, y se considera que forma parte del cinturón de Kuiper.

asteroide del Sistema Solar. Los hilos barren el espacio como los radios de las ruedas de una bicicleta o los rayos de luz de un faro en plena noche y se tensan, se relajan y vibran transportando terabytes y terabytes de información. Sólo tengo que escoger un hilo y pensar en un destino. Es tan fácil como abrir una ventana. En mi habitación hay una ventana que se abre a cualquier rincón del Sistema Solar. Suelo contemplar el mundo sentado en su alféizar, con mi casco de inmersión virtual calado hasta la nuca. Fue mi abuelo quien me regaló el casco y solía acompañarme en mis excursiones planetarias. De su mano descubrí un montón de lugares y desde que él murió he seguido explorando por mi cuenta. La red se amplía día a día y cada vez hay más lugares por conocer, pero siempre regreso a Marte y recuerdo cuando caminaba por los páramos marcianos en compañía de mi abuelo, que era geólogo y siempre me explicaba algo interesante. Ahora él ya no está y contemplo en silencio los desiertos o los volcanes, las dunas o el cielo, y me doy cuenta de que lo que más echo de menos no son sus explicaciones sino simplemente su presencia, los momentos en los que compartíamos al unísono el asombro ante una puesta de sol o un amanecer marciano. Camino por Marte y si me apetece pararme a contemplar una piedra durante horas lo hago, porque sé que mi abuelo lo hubiera entendido, o si me quedo embobado mirando el horizonte hasta olvidarme de la cena no tengo luego remordimientos por mucho que mi madre me riña, porque sé que mi abuelo hubiera sonreído, cómplice. Ahora que él no está, la mayor parte de las veces camino por el borde de los acantilados de Valle Marineris. Tomad el Gran Cañón del Colorado y multiplicadlo por diez... No, por veinte... No sé, da igual: multiplicadlo, multiplicadlo para hacerlo aún más enorme de lo que ya es y quizá, sólo quizá, os acerquéis a lo que es Valle Marineris, en Marte. Llega un momento en que las escalas pierden sentido, lo mismo da veinte que treinta, cien que mil. La mente humana sencillamente no puede abarcarlo de un

vistazo. El Valle Marineris está más allá de cualquier escala humana. Desde mi punto de vista de niño es un acantilado. Sin fondo, sin límite. Me acerco al borde, al punto donde el terreno se hunde abruptamente, y miro. Y el final de la caída está tan lejos que ni siquiera lo distingo. ¿Un kilómetro o diez de caída libre? No tengo ni idea. Mi mente está desbordada. El acantilado convierte una geometría humana, el llano, el páramo horizontal, firme, sólido, en una estructura inhumana, inabarcable. Me mareo, retrocedo un paso. La pared en la cima de la cual me encuentro se extiende desde el horizonte oriental hasta el occidental. Es como si abarcara el mundo entero. De hecho, Valle Marineris abarca una cuarta parte de la circunferencia planetaria. Es un dato, no significa gran cosa, mi mente puede observar el dato y no sentir ni frío ni calor; la visión es mucho más imponente. Desde mi punto de vista de niño, visitante frecuente de las arenas marcianas, mi visión me dice que Valle Marineris abarca el mundo entero y yo no soy nada, una mota de polvo que habla, un pensamiento fugaz en la mente del Universo, una chispa despistada y tan efímera como una partícula subatómica que emerge del vacío cuántico para volver a sumergirse en él inmediatamente sin dejar rastro alguno en el mundo. Y si yo no soy nada... tampoco lo es el Puños, por mucha fuerza que tenga, por muy loco que esté: yo estoy un millón de veces más loco que él, yo soy un billón de veces más peligroso, yo estoy al borde del acantilado, solo, y no tengo miedo. Miro al frente y no veo el extremo opuesto del valle. El suelo desaparece a pocos centímetros de mis pies y oscilo al borde de un vacío inacabable. Y no tengo miedo.

—¡No te tengo miedo, Puños! —grito a pleno pulmón.

Es como contemplar el rostro del infinito. Y me atrae. Si me dejara llevar, seguramente caería. De la misma forma que algún día caeré hacia el espacio exterior y viajaré de estrella en estrella. Estoy seguro de ello. Algún día seré libre y exploraré el Universo. Alzo el puño y grito:

—¡No te tengo miedo, Puños, tú aquí te mearías de miedo! Eres un mierda, Puños, yo soy un millón... no... ¡¡un billón de veces más peligroso que tú!! Tú no eres más que una gallina coooooo co corooooo. ¡Tú eres la gallina!

Me mantengo en equilibrio justo en el borde.

Admito que a veces visito los extremos del Valle Marineris, puntos donde el cañón es más estrecho y desde donde sí se pueden contemplar las paredes de enfrente de este enorme tajo en la corteza marciana, y miro los acantilados rocosos del otro lado durante horas, y me doy cuenta de que tienen un aspecto más suave y menos intrincado que los del Cañón del Colorado, y me pregunto a qué será debido y me gustaría que estuviera mi abuelo para explicármelo y, como no está, supongo, imagino, aventuro que será debido a que en Marte ya no hay agua líquida que erosione las rocas, sólo tormentas de arena muy de vez en cuando e imagino que las tormentas de arena han ido puliendo la roca durante millones de años desde que la última gota de agua se evaporó para siempre de la superficie marciana o se congeló justo debajo de ella. También imagino que la vida sobre la Tierra va devorando la epidermis del planeta, desmenuzándola, digiriéndola incesantemente y reponiéndola al mismo tiempo, cosa que en Marte no pasa y las cumbres de los riscos permanecen pulidas, prácticamente cromadas. Reflejan la luz del Sol casi como si fueran espejos cuando el Sol se va acercando al horizonte. No sé, nunca nos hablan de Marte en el cole, y mi abuelo ya no está para preguntarle. Las hipótesis y las preguntas se acumulan en mi cabeza y a veces tengo la sensación de que me asfixio. Todas juntas en continua multiplicación y crecimiento convierten el interior de mi cabeza en un jardín en ebullición de niños huérfanos que ansían una mano adulta tendida en su camino, una invitación a pasear por los huertos donde madura el conocimiento como jugosa fruta dulce en medio de un secano inclemente. Hay poco sitio en mi cabeza para acomodar en

ella el discurso monótono de los profesores o los cacareos, las burlas y las amenazas del Puños. A veces hay que gritar para liberar presión.

El día en que conocí a Valentina era una de esas veces. Contemplaba el rostro del infinito y gritaba al Puños que no le tenía miedo. No había sido un buen día en el cole. Así que gritaba con todas mis fuerzas. Y, de repente, entre grito y grito, oí una voz a mi lado. ¿Te dan miedo las serpientes?, me preguntó la voz. Yo me di la vuelta sobresaltado pero no vi a nadie, giré como una peonza y seguí sin ver a nadie, hasta que sentí que algo rozaba mis pies. Bajé la vista inmediatamente y vi una serpiente amarilla, grande, enorme, una anaconda lenta y poderosa deslizarse rozando mis zapatos, ondulándose sobre las arenas de Marte, segura de sí misma, esquivando despreocupadamente mis piernas. Di un salto hacia atrás y lancé un grito, esta vez de puro susto. Era una serpiente virtual. Era imposible que me hiciera daño. En teoría. Quién sabe qué era en realidad, quién la manejaba, qué tipo de programa era. ¿Infectaría mis neuronas, afectaría al funcionamiento normal de mi cerebro? ¿Cómo era posible que un programa peligroso se hubiera saltado el cortafuegos de mi conexión a la holo-red? Razoné que no era posible e intenté tranquilizarme, pero ya era demasiado tarde: para cuando la razón volvió a tomar el control de mi cuerpo, mi pulso ya se había acelerado y yo estaba empapado en sudor frío. ¿Qué eres?, pregunté, ¿Quién eres? ¿Cómo es que puedes verme? Por respuesta recibí otra pregunta: ¿Y las arañas? ¿Te dan miedo las arañas? Entonces sentí que algo se posaba sobre mi pie derecho. Miré y vi con asombro una tarántula peluda que subía por el empeine de mi zapato. Creo que intentaba llegar a la pernera de mi pantalón. No le di tiempo: extendí violentamente la pierna como si me hubieran dado un martillazo en el nervio de la rodilla y la araña salió volando más allá del borde del acantilado. ¡Ya está bien!, grité, ¿Qué eres? ¿Qué quieres? Por toda respuesta, oí una risa a mi alrededor. Era una risa de

niña. Tintineaba en la tenue atmósfera de Marte, inaprensible como un destello luminoso, atrevida pero también un poco recelosa de revelarse del todo. He de confesar que fue en ese momento cuando desapareció por completo el miedo de mi cuerpo, aunque me mantuve alerta, pero más por mantener la dignidad que porque creyera que hubiera algún peligro. Sobre todo, sentí curiosidad. ¿Quién eres?, pregunté de nuevo, ¿por qué no te muestras, por qué me atacas? Entonces la risa paró en seco y contuve la respiración: temí que la niña se hubiera ido. Temí no volver a oír nunca aquella risa. Pero seguía ahí, y habló:

—No te ataco, tonto —aclaró—, sólo quiero saber si puedes verme sin que te entre el pánico.

—¿Qué eres? —insistí—. ¿Mutante? ¿Desechada? ¿Arquiiana? ¿Cromatófaga?

—Ingrávida —respondió.

Y se apareció ante mí. Inmediatamente, salté a Plutón. Fue lo primero que se me ocurrió: huir. Plutón, anillos de Saturno, Encélado... Descubrí con una mezcla de angustia y expectación que... ¡ella me perseguía! En lugar de aburrirse y olvidarse de mí, me persiguió por todo el Sistema Solar, siempre pisándome los talones. ¿Pedí auxilio? No. ¿Tenía miedo? En realidad, estaba hecho un lío. Ante mí había aparecido una niña larguirucha, con brazos y piernas extremadamente delgados y dedos muy largos y finos. Y cuando digo brazos quiero decir cuatro brazos, los cuatro bien formados y situados, y con sus correspondientes manos y dedos en sus extremos; dos brazos en el mismo sitio en que yo y cualquier otro *homo sapiens* tenemos los nuestros y otros dos insertados justo debajo de los primeros. De piernas no andaba sobrada: tenía el número habitual en un homínido, pero había podido ver claramente sus pies y no eran como los míos: eran prensiles... ¡Aquella niña tenía en sus pies pulgares opuestos al resto de los dedos! Era realmente extraña. Era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Y quería quedarme

a su lado y hablar con ella. Pero, por otra parte... tenía miedo. Había oído cosas horribles sobre las nuevas especies homínidas. Cosas que hacían que te estremecieras y provocaban pesadillas por las noches. Su atuendo no contribuía a generar confianza. Vestía un mono negro de fibra adherente y un casco de tubos de algas que cubría parte de su rostro y toda su cabeza. Los tubos que formaban el casco, repletos a rebosar de algas fotosintetizadoras, rodeaban su cráneo, se extendían hacia su nuca y caían sobre su espalda como una larga cabellera verde. Parecía una araña negra con peluca impregnada de clorofila. Daba escalofríos. Y, sin embargo... Había podido ver sus ojos. A través de dos orificios en el casco de tubos de algas... Ojos grandes y verdes. Me gustaban los ojos de aquella niña. Y me miraban con curiosidad.

—Hola, me llamo Valentina —había dicho la niña.

En realidad mi corazón, mi estómago y todo mi cuerpo querían quedarse, permanecer al lado de aquella niña tan extraña, tan diferente a cualquiera de las niñas de mi clase, a cualquier niña que yo hubiera conocido nunca. Quería volver a oír su risa y volver a sentir la curiosidad de su mirada posada sobre mí. Ya desde aquel primer momento supe que habría podido contemplar sus ojos durante horas en silencio, sin cansarme. La sensación que me provocaban era la misma que me provocaban las estrellas. Enigma. Infinito. Me habría quedado anclado allí observándola, sosteniendo tímidamente su mirada. Pero reaccioné como un cobarde. Dejé que el susto y el miedo se apoderaran de mí y salté a Plutón. Era una reacción previsible después de haber oído un montón de historias sobre lo peligrosas que eran las otras especies humanas. De hecho, después de las cosas horribles que me habían contado, lo extraño es que no me desconectara de la holo-red directamente. Quizá porque recordaba la cara de mi abuelo advirtiéndome de que una desconexión súbita podía dañar el cerebro y eso, una desconexión súbita, era lo único que me daba más pánico que un mutante. Así que huí a Plutón. Su dirección web fue

lo primero que me vino a la mente: el sitio más alejado en el que pude pensar. Fue una tontería: en la holo-red no hay distancias, el tiempo que tardas en atravesar el Sistema Solar depende de la velocidad de tu pensamiento... bueno, de la velocidad de tu pensamiento y de la anticuada conexión que aún en aquella época usábamos en muchos lugares de España. Mi conexión funcionó bien en esa ocasión, pero huir fue inútil: Valentina parecía adivinar mis pensamientos y siempre iba tan sólo un paso por detrás de mí. Plutón, anillos de Saturno, Encélado, Mercurio, Plutón otra vez, Europa, Ceres, Mercurio, Titán, Urano, Luna... Y, finalmente, Marte, Valle Marineris, justo en el mismo punto donde había empezado todo.

—¿Te da miedo mi aspecto? —me preguntó ella.

—No es eso —respondí—, no es tu aspecto.

—Entonces... ¿qué es? —quiso saber ella.

—Los transgénicos sois peligrosos —espeté.

—No soy transgénica, bobo, soy mutante.

—Es verdad —admití—, pero qué más da.

Ella se rio.

—Eres peligrosa —advertí yo, como si fuera un jugador de póker lanzando un farol: sé que eres peligrosa, no me rendiré sin luchar, cuidado conmigo. En realidad, me temblaban las rodillas.

—¿Quién dice que soy peligrosa?

—En el cole lo dicen.

—¿Los profes?

—Bueno, no. Los profes no: mis compañeros de clase y muchos adultos, y Rainbow Peace también.

—¿Y ésos quiénes son?

—Los que se oponen a la terraformación de Marte.

—Ah... ya.

—Sois mutagénicos.

—¿Y eso qué es?

—Provocáis mutaciones y cáncer a los seres humanos normales.